

Fragmentos para la lectura de “Lilus Kikus” de Elena Poniatowska

I. Los juegos de Lilus

«Lilus Kikus... Lilus Kikus... ¡Lilus Kikus, te estoy hablando!»

Pero Lilus Kikus, sentada en la banqueta de la calle, está demasiado absorta operando a una mosca para oír los gritos de su mamá. Lilus nunca juega en su cuarto, ese cuarto que el orden ha echado a perder. Mejor juega en la esquina de la calle, debajo de un árbol chiquito, plantado en la orilla de la acera. De allí ve pasar a los coches y a las gentes que caminan muy apuradas, con cara de que van a salvar al mundo...

Lilus cree en las brujas y se cose en los calzones un ramito de hierbas finas, romerito y pastitos; un pelo de Napoleón, de los que venden en la escuela por diez centavos. Y su diente, el primero que se le cayó. Todo esto lo mete en una bolsita que le queda sobre el ombligo. Las niñas se preguntarán después en la escuela cuál es la causa de esa protuberancia. En una cajita, Lilus guarda también la cinta negra de un muerto, dos pedacitos grises y duros de uñas de pie de su papá, un trébol de tres hojas y el polvo recogido a los pies de un Cristo en la iglesia de Nuestra Señora de la Piedad.

Desde que fue al rancho de un tío suyo, Lilus encontró sus propios juguetes. Allá tenía un nido y se pasaba horas enteras mirándolo fijamente, observando los huevitos y las briznas de que estaba hecho. Seguía paso a paso, con gran interés todas las ocupaciones del pajarito: «Ahorita duerme... al rato se irá a buscar comida». Tenía también un ciempiés, guardado en un calcetín, y unas moscas enormes que operaba del apéndice. En el rancho había hormigas, unas hormigas muy gordas. Lilus les daba a beber jarabe para la tos y les enyesaba las piernas fracturadas. Un día buscó en la farmacia del pueblo una jeringa con aguja muy fina, para ponerle una inyección de urgencia a Miss Lemon. Miss Lemon era un limón verde que sufría espantosos dolores abdominales y que Lilus inyectaba con café negro. Después lo envolvía en un pañuelo de su mamá; y en la tarde atendía a otros pacientes: la señora Naranja, Eva la Manzana, la viuda Toronja y don Plátano. Amargado por las vicisitudes de esta vida, don Plátano sufría gota militar, y como era menos resistente que los demás enfermos, veía llegar muy pronto el fin de sus días.

Lilus no tiene muñecas. Quizá su físico pueda explicar esta rareza. Es flaca y da pasos grandes al caminar, porque sus piernas, largas y muy separadas la una de la otra, son saltonas, se engarrotan y luego se le atorán. Al caerse Lilus causa la muerte invariable de su muñeca. Por eso nunca tiene muñecas. Sólo se acuerda de una güerita a la que le puso Güera Punch, y que murió al día siguiente de su venida al mundo, cuando a Lilus Kikus se le atoraron las piernas.

III. Lilus en Acapulco

¡Sol! ¡Sol! ¡Sol! No hay más que sol, arena y mar. ¡El mar! En la noche se oye el ruido que hace, en la mañana se le ve centellear ante la playa. A Lilus la trae

trastornada. Le inquieta por las noches un mar negro, casi malvado, y piensa en el viento que lo castiga sin cesar.

Lilus camina por todos lados sobre sus largas piernas, con los ojos abiertos siempre y siempre temerosos de perder algo. Se ha vuelto nerviosa, inquieta, caprichosa. El mar la hace desatinar. Ahora Lilus es una niña de mar, de arena, de yodo, de sal y de viento. Es una niña de conchas y caracoles, de grandes golpes de agua, que dan en su rostro como puñados de lluvia.

Lilus está toda güera y toda tostada como un pan recién salido del horno. No es de esas niñas que van a la playa con palas, toallas, baldes, moldecitos y trajes para cambiarse, que estropean el paisaje marino con todo su equipo de bestezuelas mimadas. Lilus se divierte con lo que encuentra en la playa, conchas, estrellas de mar, agua y arena... Y con esas cosas que el mar deja a la orilla, que parecen tan bellas, y que no son más que un trozo de madera esculpido por las olas...

Lilus camina con un pie en el agua, y un pie en la arena seca... En la ciudad también camina así... Un pie arriba y otro abajo de la banqueta. Por eso anda siempre algo desnivelada. Mientras así se menea, Lilus sueña, y la arrulla ese modo de caminar como un barco...

...Sueña que posee un castillo. "La Castellana lejana." Por primera vez piensa en señores; hay muchos en la playa. Unos flaquitos como ratones con apretados trajes de baño. Otros gordos y colorados, brillantes de aceite. No le gustan a Lilus. Parecen grandes pescados rojos, en su desnudez escandalosa. Le recuerdan "Los romanos de la decadencia", un cuadro de carnicería que vio en el museo. Lilus sueña que se pasea con los perros de Ivar. Ivar es su marido. Ella anda descalza y oye el ruidito de la arena que cruje bajo sus pies. Está sola y tiene muchas ganas de revolcarse en la playa y de saltar muy alto e indecorosamente entre las olas. No puede resistir. Si su marido lo sabe, dirá que le hace falta ser más seria y más digna... (es un poco funcionario), y tal vez la amenace con encerrarla en un convento... Pero ella no le dejará acabar el regaño, le echará sus brazos de agua y de sal al cuello; le enseñará sus collares de conchas azules pequeñísimas, tan tiernas que se parecen a los párpados de los niños dormidos y los de conchas duras que parecen dientes de pescados sanguinarios... o le dirá que Dios ha hecho la naturaleza no solamente para verla sino para que vivamos en ella, y que cada quien tiene su ola y que por favor él escoja la suya, y que desde lo alto del cielo, Dios está viendo a sus hijos bañándose en el mar. Igual que una pata mira nadar a sus patitos... Y le dirá... Y lo dejará sin aliento y sin protestas...

Lilus se despierta. Le acaban de gritar: "¡Ay, mamacita, quién fuera tren para pararse en tus curvas!" Eso le da en qué pensar. ¿Cuáles curvas? Lo de mamacita no le preocupa mucho, al fin y al cabo, ella no es la mamá del gritón.

Lilus se va muy contenta meneando la cola. ¡Qué éxito junto al mar! ¡Qué sol en el agua! ¡Qué agua en el cielo! ¡Qué arena en el calor! ¡Qué revuelo de alas blancas en el aire! Ya ni pensar puede, y prefiere cantar. Pero lo único que se le ocurre es el *Cafetal*:

*Porque la gente vive criticándome,
me paso la vida sin pensar en na...*

Lilus tiene motivos para sentirse bonita. Se tira en la arena, estrechándose solita en sus brazos impregnados de mar, mirando ansiosamente las olas que crecen y se hinchan a lo lejos, que levantan su cabeza enorme y que parece que van a tragarla con su gran boca de león...

V. Nada qué hacer...

Lilus se despierta con el sol. Como no hay cortinas en su cuarto de cuatro metros, el sol entra sin avisar y da grandes latigazos en la almohada. Lilus quisiera poseer uno de esos rayos, torcerlo y dejarlo resbalar entre sus dedos. ¡Qué chistoso sería tener uñas de sol! En la noche podría leer a la luz de sus uñas, a la luz de las chispitas proyectadas por sus dedos. Cuando se lavara las manos (lo que no hace muy seguido) cuidaría de no mojar demasiado la punta de cada dedo. Al tocar el piano tendría una linternita para cada nota. Al peinarse, salpicaduras de sol brillarían entre sus pelos. A lo mejor la llevarían al circo como fenómeno para ponerla entre la mujer barbuda y la mujer gorda.

Hoy no tiene nada qué hacer. ¡Qué bueno! Cuando Lilus no tiene nada qué hacer, no hace nada. Se sienta en el último peldaño de la escalera y allí se está mientras Aurelia hace la limpieza. Se abren muy grandes las ventanas, y el sol entra, y el polvo se suspende en cada rayo. Giran espirales de oro gris. Lilus sacude con sus manos las estrellitas de polvo, pero el sol las defiende y ellas vuelven a ocupar dócilmente su sitio en la espiral. Y allí siguen girando y calentándose en el rayo de luz.

Lilus platica con Aurelia y le pregunta: "¿Cómo te da besos tu novio?"

—"Besos chichos, niña, besos chichos"... Lilus se queda pensando en cómo serán los besos chichos...

Al papá de Lilus no le gusta ver que su hija se quede sin hacer nada. "Vete a hacer ejercicio. ¡Corre! Te vas a embrutecer si te quedas así mirando quién sabe qué." El papá de Lilus no puede comprenderla cuando ella se queda horas enteras mirando a un gatito jugar con su cola, a una gota de rocío resbalar sobre una hoja. Lilus sabe por qué las piedras quieren estar solas... Sabe cuando va a llover, porque el cielo está sin horizontes, compasivo. Ha tomado entre sus manos pájaros calentitos y puesto plumas tibias en sus nidos. Es diáfana y alegre. Un día tuvo una luciérnaga y se pasó toda la noche con ella, preguntándole cómo encerraba la luz... Ha caminado descalza sobre la hierba fría y sobre el musgo, dando saltos, riendo y cantando de pura felicidad. El papá de Lilus nunca camina descalzo... Tiene demasiadas citas. Construye su vida como una casa, llena de actos y decisiones. Hace un programa para cada día, y pretende sujetar a Lilus dentro de un orden riguroso. A Lilus le da angustia...

X. La tapia

—Niña, bájate de la tapia.

—No.

—Te estoy diciendo que te bajas.

—Que no.

—Las niñas bonitas no se suben...

—Éjele...

—Te voy a acusar con tu mamá.

—Al cabo ni me hace nada.

(Ocotlana echa a correr por el jardín).

—Ándale vieja gacha, chismosa, cochina... ¿La lagartija...? ¿A dónde se fue la lagartija? Esa tonta de Ocotlana la espantó. ¡Ocotlana! Cada vez que habla, en la esquina de la boca le sale un hilito de saliva... Se atora las medias con una especie de nudo que se hace justamente detrás de las rodillas. Cuando se sube a los camiones entre la falda y la media resalta su carne blanca y blanda... ¡Lagartija, almita! ¿Dónde estás? Lagartija rosa, ¡te traje un pañuelo!

Lilus se sube muy seguido a la tapia. Se sube porque desde allí puede asomarse al cuarto de un extraño señor que vive en los departamentos de al lado. El señor está sentado interminablemente ante una mesa de trabajo y hojea, grandes cantidades de libros envejecidos... El primer día Lilus se quedó observándolo durante una hora. Lo vió leer y releer sin moverse, como un adivino ante su bola de cristal... Después se levantó y se puso a establecer cosas y cosas en el aire, categorías y órdenes invisibles, con sus dos manos veloces y casi transparentes...

Desde entonces Lilus volvió todos los días a su puesto de observación, a espiar una actividad tan incongruente. Hasta que no pudo más y se puso a aullar desde su tapia: "¡Señor del Cuatroooo, Señor del Cuatroooo!" Como no obtuvo respuesta recogió un puño de piedritas, y una por una las fue arrojando contra el cristal de la ventana. Pero nada. El señor del Cuatro ni se movía... Tenía la cabeza profundamente metida en un gran libro de pastas rojas. Debió creer que estaba cayendo granizo, y sin darse cuenta, incluyó a Lilus en el número de los meteoros... Completamente desesperada, Lilus pensó que la única solución era pedir auxilio y aumentar el calibre de los proyectiles... ¿Será sordomudo? "¡Señor del Cuatroooo! ¡Socorro! ¡S.O.S.! Y oh, sorpresa de sorpresas, cuando una de las pedradas de Lilus estuvo a punto de romper la ventana, el Señor del Cuatro volvió lentamente la cabeza, distrajo su mirada de los libros y la posó sobre Lilus...

—Señor del Cuatro... (El señor abrió la ventana bombardeada.)

—Perdone Señor del Cuatro, ¿no es de usted esta lagartija?

—No, niña, no. Las lagartijas no son de nadie...

—Pues como siempre está frente a su ventana, pues yo pensé que usted la sacaba a asolear...

Y así fue como empezó la amistad de Lilus con el Señor del Cuatro. Tres veces por semana cuando menos, allí estaba Lilus en la tapia. El señor iba perdiendo el hilo de su lectura, abría la ventana y se encontraba con Lilus...

—Señor del Cuatro ¿qué tantas cosas estudia? Se le va a perder su cabeza... Parece un pajarito encerrado en su jaula. ¿Por qué no se va mejor a dar la vuelta?

—Estoy resolviendo las antinomias. Anoche me quedé otra vez en uno de los Fragmentos, como en callejón sin salida... No, no es ese de "nuevas aguas fluyen hacia ti", sino el otro... Además, las geometrías no euclidianas. Y los textos de mis alumnos tan plagados de erratas espirituales... Me paso la vida corrigiéndolos...

—Señor del Cuatro, ¿se acuerda usted de la Borrega? ¿De la que le platiqué el otro día...?

—La Borrega... La Borrega... Déjame pensar. Ah sí, la feminista, la librepensadora...

—Ésa mero. Le fue rete mal... La expulsaron de la escuela.

—Es que la vida comenzó muy pronto para ella. ¿Sabes Lilus? Me gusta platicar contigo. Sobre todo porque entresaco de tu conversación muchos alejandrinos...

—¿Qué cosa es eso?

—Además, me has hecho tomar conciencia del otoño... Este momento en que todo se consume.. Nunca me había dado cuenta desde que era pequeño. Nunca me había fijado en las estaciones... ¿Pero qué te pasa, Lilus? Hoy no hablas tanto como de costumbre...

—Es que estoy triste.

—¿Pero de qué?

—De que a la gente se le ocurran tantas cosas...

—¿Qué cosas?

—Pues esas cosas que se le ocurren a usted, como el teorema de Pitágoras, las antinomias que me dijo, y las geometrías no eudiclianas...

—Eudiclianas, no, no euclidianas, Lilus.

—Señor del Cuatro, ¿por qué no se va usted al campo? ¡Al campo, Señor del Cuatro! Allí nomás arribita de Las Lomas. A medida que se camina por un ladito que yo sé, los árboles son cada vez más verdes y cada vez más sombríos, casi negros de tan juntos uno con otro... Allí hay una fuente que sólo los pájaros conocen... y hierbas locas y pasto descuidado... Nadie hace ruido. El silencio es tan grande que se oyen los cuchicheos de las ramas y las huidas húmedas de las flores. Allí puede usted hacer geometría moral sobre la arena.

—Niña, ten piedad de mi rigor. ¿No te das cuenta? Las cosas han presionado sobre mí, me han devastado y pulido. Soy un experto en renunciadas y un entendido en desdichas...

—¿Ah?

—Pero a veces tú tienes razón. Debería pedirle perdón a tantas cosas que están detrás de mi ventana... Al árbol y a la planta, y si tú quieres, a los pájaros y a las nubes...

—Sí, sí. Le tiene que pedir perdón a la lagartija que diario viene a tomar el sol junto a su ventana, y a unas matitas de flores dormidas que usted nunca ha tomado en cuenta. Y sobre todo a los árboles... Es tan bonito estar debajo de un árbol viendo su copa verde y emborucada con grandes lagos de cielo y nubes enredadas... Está usted tan flaco. Me gustaría saber lo que come. Y tiene los ojos tan hundidos. Mi mamá hizo ahora merengues. ¿Quiere que le traiga uno? ¿Me salto la tapia? ¿O voy mejor por la escalera?

—¡Lilus! ¡Lilus! ¿Dónde estás? ¿Otra vez subida en la tapia?

—¡Hijos, mi mamá!

—¡Niña! Bájate inmediatamente. Tienes que ir a hacer tu tarea...

—No puedo. Mi pluma no sirve. Con ella le puse una inyección de tinta a Ocotlana.

—¡Qué niña! Bájate... Perdónela señor, no sé como aguanta usted a esta niña preguntona.

—Adiós, adiós, mañana nos vemos.

—Adiós niña Lilus. Adiós Señora...

Por el camino su mamá la regaña:

—Lilus, ¿cómo es posible que te pongas a quitarle el tiempo a este señor? Es un filósofo, y tú estás allí nomás sacándolo de sus casillas... Lilus, niña mía, ¿cuándo aprenderás a encontrar tú sola la respuesta a esa infinidad de preguntas que te haces?

XII. El convento

"Lilus te vas a ir.

Te vas a ir en un tren.

Es bonito un tren. ¿verdad, Lilus?

Tu padre y yo pensamos en tu futuro.

Dentro de una semana estarás en el convento."

¡Un convento! Un convento de monjas. Lilus había visto horribles monjas en sus sueños. Caras de insensibilidad perfecta. Caras que ningún problema humano puede turbar. La inmovilidad de una cara es más terrorífica que las cicatrices y los ojos ciegos.

Lilus veía a las monjas de negro y con bigotes. Mujeres de piel seca y lenguas pálidas, que olían a quién sabe qué de muy rancio y viejito. Las imaginaba rezando triste y mecánicamente, como una sierra en un trozo de madera, mientras Jesús en el cielo sudaba de desesperación. Luego las oía en la escuela dictando máximas sentenciosas: "Un tesoro no es siempre un amigo pero un amigo es siempre un tesoro" y "No hay nunca rosas sin espinas ni espinas sin rosas..." ¡Qué asco! Y pensaba Lilus. "Mamá, yo no puedo ir al convento... ¡Mamita! ¿Cómo comen las monjas?" Las veía masticando un mismo pedacito de carne durante horas enteras, ella, ella que no puede soportar a las gentes que comen despacio. (En cambio, le gustan mucho los rusos que se tragan enteros los canapés de caviar).

Pensaba que las monjas no la dejarían ir al campo, que ya no podría sentir el pasto frío bajo los pies, ni jugar con el agua verde y blanca y azul, ni aplastar zarzamoras en sus manos para luego ir diciendo que se había cortado... Ya no podría hacerse grandes heridas y cobrar por enseñarlas. Porque Lilus tenía la costumbre de caerse, y después del inevitable vendaje, iba con sus amigos:

—Si supieras qué feo me caí...

—Enséñame, Lilus, no seas mala...

—Enseño, pero cobro.

—¿Cuánto? Te doy un beso o un diez (si era hombre).

—Mejor el diez...

Lilus despegaba lentamente la tela adhesiva, y después de falsificadas muestras de dolor aparecía una llanurita de rojos, negros y blancos...

Y al recordar todo lo que no iba a tener ya, Lilus aulló: "¡Mamá, yo no me voy al convento..."

Pero Lilus se fue.

Se fue en un tren, un tren muy triste de silbidos desgarradores... Un tren tan triste que se lleva a la neblina niños que se pierden como Lilus... Tren de meseros negros con sonrisa llena de dientes, que comen sabe Dios qué cosas... Tren de señoras pálidas que juegan canasta y que piensan en el té de caridad que darán a su llegada... Tren de recién casados, muy bañaditos y avergonzados, que recuerdan el cuento de los inditos: "¿Nos dormimos u qué...?"

Tren de tristes y de felices, tren lleno de sonidos extraños... tren de Lilus, la niña atormentada que se va al convento...

¡Campos de trigo! ¡Campos verdes y árboles en flor!

Severa mansión rodeada de cosas que se ríen.

—¡Casa con aspecto de viudita alegre!

Como esas mujeres que a veces se perciben en las calles, tiesas y enlutadas, pero con mejillas como manzanas, y verdes ojos que danzan, así son las monjitas. Dentro del negro tenebroso se adivinan interiores mucho menos horribles.

Así es el convento, una jaula llena de monjitas que andan como pájaros asustados, distintas al resto del mundo. Dan pasitos que resbalan, pasos dulces y quietos, blancos pasos de conejo que apenas rozan el suelo. Además, las monjas hacen siempre trabajos pequeñísimos y conceden a las menores cosas una gran importancia, como si de ellas dependiera el orden del mundo: "¡El mantel del altar no está bien extendido!" ¡Dios mío, qué crispación interior! "Hay que jalarlo rápidamente, antes de que empiece la misa!"

Con apariencia un poco fantasmal, las monjas del convento de Lilus eran todas delgadas, de muslos alargados, de ademanes nerviosos y dulces sobresaltos. De tan chiquitas y flaquitas parecen no tener sexo. Todas son Sebastianes, Luises o Tarcisios. Sin embargo, hay en ellas algo de valiente y de enternecedor, una mezcla de decisión y de titubeo.

La primera monja que vio Lilus fue la madre portera. Madre ágil, danzarina y cantadora, a la que puso mentalmente pantalones de charro.

La madre portera se preocupaba mucho por un panal que tenía en el jardín. Iba constantemente a verlo y siempre se quejaba de que la abeja reina le había picado en un dedo. Por un agujero en el techo la lluvia entraba en el cuarto de la madre portera. A ella le daba risa: "Anoche se metió una rana, le hice una camita al lado de la mía". Sus ojos recordaban a los ojos de las estatuas, que nunca se posan en las cosas feas. Cantaba con voz conmovida las lamentaciones de Semana Santa: *Jerusalem, Jerusalem, convertete ad dominum deum nostrum Jesum*. Y su voz era como de niña, y sonaba con esas entonaciones tristes e inocentes que tanto hacen pensar...

Y Lilus quiso a su convento...

Allí le enseñaron que en el mundo solamente los niños están cerca de la verdad y de la pureza... Le hablaron de astros y planetas, de la Vía Láctea... Le dijeron que hay hongos venenosos, saltimbanquis y viento austral y viento norte... ángeles de alas transparentes que vuelan por el espacio en órdenes armoniosos...

Supo de la Virgen, se llenó de asombro y la coronó de flores.

Le anunciaron que un día iba a ser persona mayor, y que no podría ser un ropavejero, porque eso era muy mal visto. Entonces le explicaron lo "Mal visto" y la honorabilidad. Si quería tener niños, en todo caso tenía que buscarse primero un marido. Y le hablaron de las profesiones. Ser millonario es muy provechoso; ser jardinero no es digno de alabanza. La prepararon para su noche de bodas. Debía bañarse en agua de rosas, y tomar una cucharada de miel. Esperar luego sobre el lecho a su marido, paciente y sumisa. Y sobre todo, que fuera digna, digna. Que quisiera a los animales y que no juzgara ... que no juzgara el adulterio, porque es lo que más se juzga y menos se entiende...

Le contaron una historia de la Biblia, la del siervo Oza y el arca que Dios hizo construir de madera de acacia chapada en oro a los más hábiles artesanos. El arca fue transportada en un carro de bueyes desde Carithiarim hasta Jerusalén, y en un momento en que el carro se inclinó peligrosamente a un lado del camino, Oza detuvo el arca con su mano. Y cayó muerto porque tocó la casa de Dios. "David se irritó de que Jehová hubiera castigado así a su siervo Oza y tuvo miedo de Dios en ese día."

Por este relato, Lilus comprendió que para ser de Dios, había que darse completamente. Había que entenderlo y temerlo. Y creyó en los signos. Tal vez en esta vida, eso es lo más importante: creer en los signos, como Lilus creyó desde ese día.